### **Gabriel Salazar**

# MERCADERES, EMPRESARIOS Y CAPITALISTAS

(Chile, siglo XIX)



Biblioteca Nacional

207100

Gabriel Salazar estudió Historia y Geografía (egresado en 1960), Filosofía (1963) y Sociología (1968) en la Universidad de Chile. Completó un doctorado en Historia Económica y Social en The University of Hull (Inglaterra, 1984). Desde 1985 se ha desempeñado como investigador y profesor en distintas universidades chilenas. En 2006 recibió el Premio Nacional de Historia. Actualmente es profesor titular en el departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile. Se ha especializado en temas vinculados a la historia social y política del país, a la educación popular y al desarrollo local, ámbito en el que ha realizado numerosas investigaciones. Entre sus obras cabe destacar: Labradores, peones y proletarios (1985); Violencia política popular en las grandes alamedas (1990); Los pobres, los intelectuales y el poder (1995); Autonomía, espacio y gestión (1998, con Jorge Benitez eds.); Historia contemporánea de Chile (1999, con Julio Pinto V.) -Premio Municipal de Ensayo 2000-; Historia de la acumulación capitalista de Chile (2002); La historia desde abajo y desde dentro (2003): Construcción de Estado en Chile, 1800-1837 (2006) y Ser niño huacho en la historia de 11(800-56)

961825

MERCADERES, EMPRESARIOS Y CAPITALISTAS (CHILE, SIGLO XIX)

#### GABRIEL SALAZAR

## MERCADERES, EMPRESARIOS Y CAPITALISTAS (CHILE, SIGLO XIX)

#### **GABRIEL SALAZAR**

# MERCADERES, EMPRESARIOS Y CAPITALISTAS (CHILE, SIGLO XIX)

GABRIEL SALAZAR

#### MERCADERES, EMPRESARIOS Y CAPITALISTAS (CHILE, SIGLO XIX)'

Mercaderes, empresarios y capitalistas (Chile, siglo XIX) Primera edición: julio de 2009

- © 2007, Gabriel Salazar
- © 2007, Random House Mondadori S.A. Merced 280, piso 6, Santiago de Chile Teléfono: 782 8200 / Fax: 782 8210 E-mail: editorial@rhm.cl www.rhm.cl

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Chile - Impreso en Chile

ISBN Nº 978-956-262-330-8 Registro de Propiedad Intelectual Nº 181.097

Diagramación: Gloria Barrios A. Diseño de portada: Amalia Ruiz Jeria

Impresión: Salesianos Impresores S.A.

Editorial Sudamericana

#### **PREFACIO**

La construcción (dictatorial) del célebre «orden portaliano» (1829-1860) engendró la más nutrida galería de héroes y hombres ejemplares que haya tenido la historia de Chile; los que, alineados como generación fundadora, han permanecido rampantes y apolíneos, por más de un siglo y medio, en el partenón histórico de la nación. En un gesto inmortal por la obra que legaron —para siempre— a todos los chilenos.

Y tras sus perfiles de mármol subyacen próceres de todo tipo: militares (como Joaquín Prieto, Manuel Bulnes), políticos (como Diego Portales, Manuel Montt, Antonio Varas), intelectuales (como Juan Egaña, Mariano Egaña, Andrés Bello), y empresariales (como José Tomás Urmeneta, Agustín Edwards Ossandón, Matías Cousiño, José Santos Ossa, Domingo Matte). Todos estatuarios. Todos ejemplares. Indiscutibles.

Al considerar ese conjunto desde lejos —que recorta en el horizonte como un Arco de Triunfo— no aparenta ser menos que el pórtico de entrada a la historia oficial de Chile. Pues alude y recuerda el origen esencial, solemne, del «alma política» de la nación. El que define su identidad de una vez y para siempre. Contra todo. Contra el avance agreste y tumultuoso de la historia cotidiana y la insolencia de los que traicionan, subversivamente, su «alma nacional». Es que ese origen esencial ha sido asumido, al mismo tiempo, como norte trascendental: es la estrella solitaria que guía desde siempre a todos los chilenos. La que orienta con sabiduría sus pasos decisivos. La que prosigue tras cada recodo y se levanta tras cada tropiezo. Por eso, el «origen» del orden portaliano ha renacido y renace como el Ave Fénix, una vez y otra, siempre

como «origen», nunca como «fin». Renació en 1837, al día siguiente del asesinato de Portales. Y en 1848, tras el motín de la Sociedad de la Igualdad. Y después de las insurrecciones pipiolas de 1851 y 1859, o tras las subversiones populares de 1890, 1920 o 1970. Pues ese orden, único en América Latina —nunca logrado en muchos países— es el estandarte glorioso del país. No puede morir. No puede ser afeado. No puede envejecer. Es, en síntesis, el Dorian Gray de la Patria.

La repetida esencialización (o monumentalización) de ese «origen» —la que puede rastrearse en la gráfica de los textos escolares, en la cartografía estatuaria de cada Alameda, en la señalética callejera de cada ciudad— plantea, sin embargo, algunas dudas. Problemas de no poco fondo, ya que, al monumentalizar el «origen» del orden portaliano, deteniendo el tiempo en la fase constructiva 1829-1860, se anula el proceso histórico posterior. No se asume, por ejemplo, su vida adulta, su madurez. Tampoco su envejecimiento. Ni su esclerotización y muerte. Esencializar —embelleciendo— el origen, equivale a deshistorizar el conjunto, y a esconder el retrato realmente histórico de Dorian Gray, con todos sus cambios, deformaciones y fealdades. A fin de cuentas, monumentalizar el «nacimiento» de un determinado orden social produce, ipso facto, el ocultamiento de su «muerte» histórica, si la tuvo. Y eso puede ser efecto del triunfalismo ingenuo de los vencedores —con la complicidad ingenua de los vencidos—, o de su maquiavelismo político para ocultar las fealdades reales producidas por su triunfo.

Los hechos crudos muestran que, después de 1860, el orden portaliano ingresó en una larga fase de deterioro. Sus apologistas —entre los que
se cuentan no pocos políticos, militares e historiadores— han explicado
ese deterioro apuntando a la eventual acción corrosiva emprendida por
sus «enemigos» (es decir: por los incautos que traicionan el «alma» nacional), entre los cuales se cuentan los «pipiolos», los liberales, radicales,
demócratas, anarquistas, socialistas y «humanoides». El deterioro que se
ha registrado proviene —agregan— de fuera del orden establecido en
1830, no de la esencia de éste. Nunca de su gesta original: el alma de la
nación no puede conspirar contra sí misma. El orden portaliano, concluyen, no tuvo decadencia sino enemigos. La gesta original permanece,
pues, limpia e impoluta.

Los hechos que testimonian esa decadencia, sin embargo, al paso a que avanzan las nuevas investigaciones historiográficas, se acumulan,

cada día más. Y el aumento de su peso ha venido aplastando, crecientemente, viejos mitos y largas ingenuidades.

Y hoy se acepta ya sin tapujos que Chile experimentó, a fines del siglo XIX «largo», dos crisis profundas entrelazadas entre sí: una en la década de 1870 y otra en torno a 1908. Ambas han sido interpretadas, en la mitología portaliana, como la reiteración de una misma crisis monetaria, estrictamente coyuntural, que derrumbó el prestigio mundial del peso chileno; lo que se habría producido por la intromisión miope y antipatriótica del «contubernio liberal» que dictó la Ley de Bancos de 1860, que declaró inconvertible el billete de banco en 1878, que más tarde se alineó con las políticas inconstitucionales del presidente Balmaceda y que terminó aliándose con los socialistas y anarquistas en 1920 (detrás de los cuales estaban las masas de «rotos alzados» que pululaban por las calles, cerros y desiertos del país). Por eso, la crisis monetaria no era atribuible a la naturaleza intrínseca del orden portaliano, sino a la contumacia corrosiva de los subversivos. Esta tesis, planteada en su origen por el banquero Agustín Ross, ampliada y sistematizada luego por el economista norteamericano Frank Whitson Fetter, fue recogida más tarde por numerosos economistas de centro-izquierda (como Aníbal Pinto S.C.) e historiadores tradicionalistas de centro-derecha. Se trata de una apuesta historiográfica que ha contribuido no poco a sostener erecta, en la memoria pública, la efigie apolínea del Dorian Gray nacional.

Los procesos históricos reales, sin embargo, empujados por la inercia de su caudal, han avanzado sin retroceder, en línea recta o en zig-zag, pero arrasando los mitos y las tesis que los han sostenido. Y fue así que, cuando el terco autoritarismo gubernamental del siglo XIX se guareció, sin alegatos constitucionales, bajo el parloteo parlamentarista de comienzos del siglo XX; cuando la economía exportadora del «aristocrático» patriciado mercantil de 1850 se volvió sombra, resaca y desecho de las compañías comerciales extranjeras; cuando la clase popular entró en putrefacción progresiva en los conventillos de la capital y en el «bajo fondo» de los suburbios; cuando la carnavalesca juventud universitaria de 1910 abandonó el patriarcado oligárquico para aliarse en la calle con el proletariado anarquista, etc.; es decir: cuando los hechos reales aumentaron a tal punto su peso que reventaron la paciencia a vista de todos, se tuvo la percepción social exacta de que el monumental orden portaliano del siglo XIX se estaba cayendo a pedazos. Por su propio peso,

por su propia sangre, por sus propias convulsiones intestinas. Victimado por la misma lógica de su nacimiento. Que fue también la que lo envejeció y esclerotizó. Y la misma que sin piedad, dialécticamente, lo mataba golpe tras golpe a comienzos del siglo XX. Por eso, entre 1890 (primera huelga nacional de trabajadores) y 1919 (ultimátum dado al gobierno de Chile por la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional), el verdadero Dorian Gray paseó su agónica fealdad por todas las calles de la República, despertando el horror de todos los que tenían un alma realmente humana, cívica y soberana.

Entre 1972 y 1973, financiados por el Fondo de Investigaciones de la Universidad Católica de Chile, iniciamos el estudio sistemático de los «Grupos Subalternos en Chile durante el siglo XIX». Como resultado de ese trabajo, publicamos, doce años después, el libro Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX (Santiago, 1985). Lo que allí se demostró, profusamente, no fue otra cosa que el desgarramiento histórico inmisericorde de la clase popular de ese siglo.

Esa demostración planteó de inmediato una cuestión de fondo: ¿cómo un orden político tan célebre, apolíneo y patriótico como el portaliano pudo producir *ese* desgarrador resultado?

Tal pregunta necesitaba una respuesta que no podía ser mítica. Ni súbdita de los héroes de la patria. Ni tenía que ser necesariamente política (en lo político pesan igual los hechos y los mitos) sino, esencialmente, económica y social. Referida a hombres y mujeres reales, de carne y hueso. Y eso significaba investigar, con tozudez cívica, la lógica de acción económica y empresarial que fundó y sostuvo el orden portaliano, para encontrar en ella las razones sociales objetivas y subjetivas que produjeron el impacto desgarrador en la masiva clase popular del siglo XIX (que componía los 2/3 de la población total). Es lo que decidimos hacer. A este efecto, la Fundación Friedrich Ebert, de Alemania, nos financió, entre 1974 y 1975, un estudio acerca de las «Formas económicas de transición en Chile, 1844-1914», destinado a investigar, en una primera aproximación, las razones señaladas. El estudio continuó luego, entre 1977 y 1984, en base a un proyecto de tesis doctoral financiado por el World University Service, del Reino Unido, titulado: Entrepreneurs and Peons in the Transition to Industrial Capitalism. Chile, 1820-1885. Los hallazgos, hasta ese momento, eran notoriamente herejes y desmitificadores:

atentaban directamente contra las estatuas, los mitos y los héroes de la Nación. Era prudente y conveniente, pues, fundamentar sólidamente cada conclusión, por pequeña que fuera. Esa misma prudencia hizo aconsejable trabajar, todavía, un cuarto proyecto adicional: «El empresariado industrial en Chile: conducta histórica y liderazgo nacional, 1878-1938», que fue financiado por FONDECYT (Proyecto 997 de 1988). Y para evitar cualquier imprevisto, financiamos personalmente, al final, a varios ayudantes para completar la información pertinente (entre 1995 y 2008, sobre todo). La pregunta por la lógica interna de acción económica del orden portaliano (la misma que produjo la pauperización extrema de la clase popular chilena) se transformó, por tanto, en un estudio que se prolongó por 34 años.

Ha sido una larga y laboriosa auscultación del retrato oculto del enervante Dorian Gray criollo. Un ir y venir por el desfiladero estrecho de su historicidad empresarial. Cruzando y recruzando los silencios y los olvidos en los que se ocultaron actores, personajes y procesos que nunca habían visto la luz de la historiografía nacional (el patriciado mercantil, los consignees, las subsidary houses extranjeras, los merchantbankers chilenos, el industrialismo popular, los mecánicos extranjeros, los bancos privados del Estado, la industrialización mercantil del siglo XIX, etc.). Personajes y procesos que deambularon durante un siglo, como fantasmas, entre los resquicios y dobleces de los mitos nacionales. Sin embargo, poco a poco, uno a uno, han ido saliendo a la luz —tarea en la que han laborado en silencio numerosos historiadores, extranjeros y nacionales— cada actor responsable, cada historia de triunfo o de fracaso, cada testimonio de crisis. En suma: Dorian Gray completo, con toda su efímera belleza y su concreta fealdad. Y todos juntos, reunidos sobre un escenario que aún no termina de empinarse a la vista de todos, están representando la muerte histórica esencial del orden portaliano. La oscura muerte de un origen que quiso permanecer brillante para siempre. Una muerte que nos obliga a revisar críticamente, como historiadores y ciudadanos, ese conjunto marmóreo que aún preside el pórtico oficial de nuestro pasado. Y a proclamar, a cambio, el heroísmo soberano contenido en la historia de todos.

Este trabajo tuvo siempre un mismo objetivo: desnudar la lógica empresarial que movió a los fundadores, conductores y sepultureros del Chile decimonónico (un anticipo de sus conclusiones se encuentra en el libro Historia de la acumulación capitalista en Chile, 2003, basado en los apuntes de clase tomados por los prisioneros políticos de Tres Alamos en 1976). Y ha tenido también una misma esperanza: que la Ciencia Histórica traiga a la luz todas las fealdades ocultas, todos los fantasmas intersticiales de nuestro pasado y nuestro presente, a fin de que la ciudadanía pueda tener una conciencia histórica más limpia y una memoria cultural más llena de verdad.

Así, el libro Labradores, peones y proletarios (Chile, siglo XIX) tiene, por fin, su contraparte natural: el libro Mercaderes, empresarios y capitalistas (Chile, siglo XIX).

La Reina, enero 12 y mayo 16 de 2009

El «orden portaliano» ha sido la piedra angular con la que se ha trazado la historia oficial de Chile. Ese origen esencial ha sido asumido, al mismo tiempo, como norte trascendental: es la estrella solitaria que guía desde siempre a todos los chilenos. Sin embargo, este concepto marmóreo, elegante y bello no ha servido más que para ocultar el proceso histórico, los hechos crudos que muestran que, después de 1860, ese mismo sistema ingresó en una larga fase de deterioro. Para comienzos del siglo XX, cuando se evidenció la decadencia a la que estaban condenadas amplias capas sociales, se tuvo la percepción social exacta de que el monumental orden portaliano se estaba cayendo a pedazos.

Como contraparte de Labradores, peones y proletarios (Chile, siglo XIX) —un estudio sistemático de los grupos subalternos en Chile—, aparece ahora Mercaderes, empresarios y capitalistas (Chile, siglo XIX), la investigación sobre la lógica de acción económica y empresarial que fundó y sostuvo aquel dictatorial orden político.

Un libro apasionante y desmitificador, que confirma a Gabriel Salazar como uno de los historiadores chilenos más relevantes y originales.

